

CAPÍTULO XI

Resolución. — El incendio. — El cerro de las Torcazas. — El matrimonio. — La reina de la Culebra, la Diosa de Capirio y deidad de Cooporillo.

— ¿Qué tiene hoy el amo? le preguntó el Chango á Simón, ¿ya por fin se puso á tiro la torcaza! — Ni me hables de eso, hermano, se le fué su santo al cielo, después de estar tantas veces escondiéndonos en el limonero, ahora que ya la tenía en la mano la soltó, y en lugar de pedirme el caballo y echársela en la silla, se contentó con abrazarla y la dejó volverse á bajar. — El sabe lo que hace, es una niña fina y no de las pescolotas que se dejan arrebatarse así no más. — Es verdad, y si vieras tú qué cosa tan linda, tan primorosa, yo la verdad la quiero mucho desde que la vimos en la ventana y le pegó á la Josefita aquella, el chiflonazo como te lo he contado.

En la noche, sin necesidad de brincar tapias, penetró Lorenzo al jardín de la casa de D. Clemente, pues Amparo se apropió de la llave de la puerta falsa que vió colgada en un llaveró y se hacía muy poco uso de ella, en la tarde vió pasar á Simón por la plaza que iba mandado por su amo á reconocer el terreno, al estar echando sus tanteadas á la barda que era bastante alta, por detrás de la casa asomó Amparo y lo llamó diciéndole: — Por debajo de la puerta te voy á echar esta llave para que la entregues á tu amo. — Sí, niñita, y Dios le dé el cielo. — Toma. — ¿Qué es eso? — Un escudito no lo ves. — Yo no lo tomo, niñita. — Pues toma dos. — Eso menos. — Entonces cuatro, cinco, toma la redecilla. — Tampoco, si su merced lo hace por gratificarme, hágame un favor muy grande. — ¿Cuál, qué quieres? — Que me deje besar esa manita tan linda. — Tómala. Con el pedazo de manga sobrante de la cotona del medio brazo

izquierdo que le faltaba tomándolo con la mano derecha, cogió la punta de los dedos sin oprimirlos y besó respetuosamente diciendo: — Que Dios la guarde, preciosa, viva su merced mil años. Recogió la llave y partió lleno de gozo, la entregó diciendo: — Vale la plata, señor amo, vale la plata, Chango, Chango, ya la besé, hermano, ya la besé. — ¿Pero qué has besado, majadero? dijo Lorenzo. — La manita, señor amo, su manita tan linda, bien haya la madre que la parió que no es remilgosa; me daba un escudo, luego dos, cuatro, toda la bolsita, pero mejor le pedí su mano y no me la negó.

— Lléveme su merced esta noche, dijo el Chango, ya éste está recompensado, yo también quiero tener esa dicha. — Corrientes, te llevaré. Poco antes de las dos de la mañana estaba Simón teniendo los caballos en el puente, y Lorenzo seguido del Chango entraban al jardín, cuando no sólo en la ventana sino sentada en un arriate estaba Amparo disfrutando del fresco de la noche, contemplando la hermosura de la luna, y recibiendo el aroma de las flores. Llamando Lorenzo al Chango se lo presentó á su amada diciéndole: — Este es mi otro cachorro, ya uno lleno de gozo me contó que le ha besado la mano, y éste quiere tener igual satisfacción. — Aquí está, contestó. La tomó también el Chango con su zarape, y sin soltarla dijo con voz suplicatoria: — Permítame otro por vida de... y le indicó á Lorenzo. — Puedes darlo, le repitió, y mirándola con cuidado exclamó: — Es un ángel bajado del cielo, señor amo; niña, no nos desampare. — Véte á estar por el lado de afuera, le ordenó su amo, y si ves algo avisame.

En cuanto quedaron solos esperaba Amparo escuchar una tierna declaración de su amante en que con mucho fuego le pintara su pasión, pero se quedó fría y estática al ver que con mucho aplomo y seriedad le dijo: — Señorita, como hasta este instante no he tenido oportunidad de dármelo á conocer, sería el hombre más infame, más vil, si aprovechándome de la posición que guardo aquí por mi audacia, y el aprecio que todos me hacen por su conveniencia, engañara á un ángel bajado del cielo como le ha dicho mi criado, con las falsas apariencias que me rodean: aquí donde vd. me ve no soy más que un pobre-ranchero de condición humilde, sin más patrimonio que

la bendición de mis padres, mi pasado está lleno de vicisitudes, mi carrera mal vista por todos, perseguido por un sin fin de enemigos y confundido por la vulgaridad con los bandidos, tuve el fin que tarde ó temprano debía de acontecer, y he regado con mi sangre el arriesgado camino de los contrabandistas, con el sobre nombre de Astucia. Mi presente está comprometido, porque echándome sobre los fondos públicos con el falso nombre de coronel, me he proporcionado recursos para mantener ochenta y cuatro personas que de mí dependen, exponiendo por llevarlo á cabo mi cabeza, y por lo dicho, señorita, vd. podrá figurarse cuál es el porvenir que me aguarda, tenga vd. la bondad de escucharme, quiero que sin pasión, con calma, juicio y madurez piense en mis razones, calcule los inconvenientes, y estando al tanto de quien soy, con la franqueza que el caso requiere me diga su parecer, no somos niños para atarantarnos con dorados ensueños ni vanas ilusiones, no crea que porque le voy á descubrir mi corazón la desprecio, sino porque no quiero arrastrar en mi desgracia á ninguna alma pura y candorosa.

— ¡Cómo! pues qué no es vd. coronel? — Tan coronel como vd. reina de Francia. — D. Clemente nos contó que el gobierno le mandó la banda... — Es cierto, ese hasta ahora ha sido el fruto de mis diabluras, pero en mi vida he mandado soldados y sólo he sabido arrear mulas; respóndame á mi pregunta; ¿quiere vd. por lo que más estima suspender los efectos de su ardorosa pasión hasta tanto conoce á fondo á la persona que ama? — Sí, coronel, pero le advierto que me está torturando el alma, y que sea vd. quien fuere, yo lo amo con delirio, su sangre fría me asesina, nada me interesa su pasado, su presente, y si su porvenir es un piélago obscuro y horroroso, no me intimida, mi amor ansia poseer el corazón de Lorenzo, no lo alucina su actual posición, sé que vierte lágrimas y me he propuesto enjuagarlas ó confundirlas con las mías: dígame que soy correspondida y después cuénteme cuanto quiera, porque mientras eso no sea, la incertidumbre me mata y no he de tener calma para escucharlo. — No sólo le correspondo, Amparo de mi vida, sino que no he sido dueño de sofocar en mi pecho el loco fuego que desde el instante de verla incendió mi corazón marchito, seco, y muerto á las sensaciones del amor, he que-

rído extinguirlo en su cuna reflexionando con juicio en los grandes obstáculos que se oponen á mi felicidad; éstos quiero que los medite y después sea cuando según su modo de pensar, demos ó no rienda suelta á nuestra pasión. — Puede vd. hablar que ya lo escucho. Entonces sin excusar ningún caso ni por menor le comencé á referir su vida desde su desgracia de amor con Refugio. A buena hora se separaron, mandó hacer otra llave igual á la de la puerta falsa del jardín, y en varias noches de las que les parecieron oportunas, le contó con la franqueza que el caso requería cuantas circunstancias, trabajos, tormentos y pesares había padecido, y los fuertes compromisos que sobre él pesaban, creyendo que con aquello desvanecería las impresiones que había causado á su amada, pero ésta en lugar de entibiarse, más y más se apasionaba, pues amiga de lo extraordinario y abrigando también en su pecho un amor puro y desinteresado, poseyendo una alma franca y ajena de ruines instintos y vulgaridades, tomó como debía un empeño en querer á Lorenzo, ser participante de sus pesares, y resueltamente unir su suerte con aquel hombre. No bastaron juiciosas reflexiones, ponerle patentes insuperables obstáculos, pintarle con los más negros colores el porvenir más espantoso, nada la hacía desistir, á todo se avenía, hasta el extremo de que Lorenzo le dijo: — Vea vd., Amparito, que soy un prófugo de la cárcel pública, y la justicia me reclama. — Nada me supone, le contestó. — Mire mi cuerpo acuchillado por contrabandista. — No me importa. — Calcule los fuertes compromisos que sobre mí pesan. — Quiero tener parte en ellos. — No se le esperan más que vicisitudes, trabajos y riesgos. — No me acobardan. — Sólo podré ocultarla entre estos bosques plagados de sabandijas, no tendrá más sociedad que con las fieras y... — Entre ellas viviré contenta. — Su fina contextura, su delicado físico, no podrá soportar tan insalubre clima y sucumbirá tal vez — Moriré sin quejarme. — La voy sin remedio á arrastrar en la fatal desgracia que me persigue, ese será mi mayor martirio, no quiero que por pertenecerme corra tan eminente riesgo. — Sucumbiremos juntos si ese es nuestro destino. — Por último, el grandísimo obstáculo de su familia, el grave pesar que les va á causar nuestro desatinado amor, el escándalo, la

deshonra, el atropello de los deberes más sagrados, porque no puedo presentarla en los altares para poseerla legítimamente. — Venzamos el inconveniente, Lorenzo, estoy decidida, todo lo he pensado, nada se me oculta. — ¿ Pero de qué modo, Amparo mía? — Así, y arrojándose en sus brazos continuó: juntando nuestros corazones, siendo el uno para el otro. — ¿ No tendrás, bien mío, motivo para arrepentirte? — Jamás. — Pues ya cesa mi tormento, ya tengo mi amparo, ya soy feliz. ¡ Gracias, Dios bondadoso, gracias porque con este ángel de hermosura endulzas mi amargo padecer! ¡ Bendita seas, Providencia divina, que me amparas con tan singular amparo! Desde este instante, vida mía, mi corazón te pertenece, tú serás mi reina, mi Dios, mi deidad, y prodigándose ambos las más tiernas caricias se separaron pensando el modo de lograr sus intentos, sin causar el grande escándalo que Lorenzo se temía, diciéndose: — Esta mujer me ha avergonzado, tiene más resolución que yo; su fuerza de voluntad es mayor que la mía, está verdaderamente ciega; veremos si con el tiempo se convence de mis razones, la haga desistir de tan descabellada resolución, y al fin pueda obtenerla legalmente, mi buena suerte me la ha puesto delante, y ella nos irá indicando el camino que debemos de seguir, mis intenciones son sanas, y mi deber es evitar que se manche esa criatura con un crimen, que cometa una vileza, ó corresponda á sus amantes padres su singular cariño con una imperdonable ingratitud, mas por lo que pueda acontecer dispondré lo mejor posible su oculta morada para hacerle más llevadera su estancia entre estos bosques. Y comenzó á agregar más piezas, cercar y embellecer al triste dormitorio fabricado en el rincón de Cooporillo, que por ser el sitio más ameno, menos traficado, de mejor clima, y contar con un hermoso manantial inmediato, lo eligió para tener oculto á los ojos de todo el mundo su tesoro, se miraban de cuando en cuando, y anduvieron con tanta precaución y prudencia, que nadie sospechó absolutamente nada de su mutua correspondencia, y aunque hicieron otros bailecitos y Josefa obedecía los consejos de su amiga Amparito que se divertía con ella, tuvo al fin que sufrir igual derrota que sus anteriores empresarias, porque el coronel tenía corazón de roca según la opinión de todas ellas. Una

noche al atravesar la plaza para ir á platicar al jardín vió Lorenzo á Amparo salirse por una ventana, al percibirlo, montado en su caballo y corrió á su encuentro diciéndole: — Echame en la silla y vámonos para el cerro, ahí está el avío y los criados que vienen por nosotras, mi mamá está resuelta á marchar mañana para nuestra casa, y yo no quiero volver á Morelia. — ¿ Pero qué estás loca, mi vida? mira, nos arrimaremos al puente para que no alguno vaya á vernos. Se apeó y prosiguió diciéndole: — ¿ Qué tienes corazón para dejarlas ir solas? — Sí porque mi corazón estará aquí á tu lado, y no puedo marchar sin él, ya sabes mi resolución, y ahora yo soy la que solicito tu amparo, vámonos. — Eso no puede ser, ya te he dicho que tengas paciencia, que tienes los medios de ver si consigues orillar á tus padres, ocurrir primero á los trámites que tu honor, tu educación, y sus circunstancias exigen. — Ese es un albur muy arriesgado, no me determino á correrlo, conozco el carácter de mis gentes, y si se estrellaran mis tentativas, soy capaz de suicidarme, por lo que si había todo de terminar en que me viera precisada á atropellar por todo miramiento, de una vez arranquemos diente y dolor. — No lo puedo consentir, tu honor es mi honor, tu vida mi vida, y los casos extremos no siempre son á propósito, véte con tu familia, y si de veras me quieres, ten calma, que Dios nos irá indicando el camino que debemos seguir, lo mismo es reunirnos ahora, que mañana, que de aquí á un año; qué demonio, con paciencia se gana el cielo; yo confío en tu fidelidad, y tendré el consuelo de que mientras se aclare este horizonte nebuloso que me cubre, tú estás segura, nos escribiremos á menudo, te iré á ver de vez en cuando, en fin, mi vida, no te precipites y piensa con juicio.

— Ya te dije, Lorenzo, yo no he de tener un instante de reposo ausente de ti, ese horizonte nebuloso que te cubre tal vez es fatal, y yo ni ahora ni nunca te abandono, sin embargo, ¿ si tu amor no es tan grande como el mío, si conoces que sólo he de servir de estorbo y de una carga molesta? dímelo, Lorenzo, dímelo para arrojarme desde aquí al río y terminar de una vez una existencia que sin ti me será insoportable, y se inclinó en el bordo del pretil del puente con ánimo de tirarse de cabeza.

Separándola violentamente Lorenzo dijo con voz imponente: — ¡Con un demonio! basta de tanta locura, atiende á mis razones, estos escondidos sitios y ásperos terrenos serán nuestro puerto de salvación, aquí te ocultaré en el último extremo, no quiero que desde ahora todo el mundo sepa que aquí te has quedado, ¿á quién podrán suponer semejante rapto? y sobre todo, aun no es tiempo de tal exceso, consulta el parecer de tu padre y... Es excusado, Lorenzo, yo no me atrevo. — Pues entonces véte con tu familia. — ¿Pero? — Yo te lo mando, presta ese pañuelo, éste al tercer día de llegada á tu casa, lo encontrarás en uno de los balcones después de la oración de la noche, en una punta irá amarrado un papelito con mis instrucciones, yo te sigo, voy á una vista, tanto para custodiarlas en el camino, como para llevar adelante nuestro propósito, de allá te robaré y aquí será donde te esconda; disimula, sufre, y no vayas á cometer una indiscreción que nos pese. — Pierde cuidado, mi vida, te obedeceré. — Pues retírate, mi bien, y que Dios nos favorezca, hasta la vista. Se abrazaron, y más tranquila y sumisa se volvió á meter por la ventana y al otro día marchó con su familia, en la litera en que le tocó, sacando de cuando en cuando la cabeza, buscando algo por la falda de aquellos montes. No tomaron el camino para Acámbaro, porque en Coronco debía encontrarlas su papá que traía carruajes y tenía un negocio urgente que arreglar en Maravatio el grande. Hasta pasar el puente de Irimbo percibió Amparo en la cumbre del cerro de la izquierda, pasar sucesivamente tres hombres á caballo, el primero la saludó con un pañuelo y los otros dos con sus sombreros, les contestó agitando la punta de su rebozo diciéndose: — Adiós, adiós, queridos, y cesó la inquietud en que estaba.

Hicieron posada en Irimbo, y al otro día llegaron á Coronco donde con ansia eran esperadas. Lorenzo atravesando por la orilla del pueblo se fué á colocar á la salida en un jocalito cualquiera con sus dos cachorros, con objeto de ver pasar al otro día á su amada y continuar escoltándola.

El licenciado estaba loco de contento al ver á su familia sin novedad y á su esposa completamente restablecida, prodigando y recibiendo de todas mil caricias. Desde que llegó,

pocas horas antes con sus trenes y criados se encontró con el patio del mesón grande, único que existía en todo el pueblo, ocupado con tercios de piloncillo que conducían unos burreros; el encargado del mesón para acomodar á todos, los obligó á que metieran su carga y jatearan en un corral interior, allá refunfuñando y de mala gana mudaron sus cargas y aparejos, pues además del avío del licenciado esperaban el de tierra caliente que conducía á la familia, ocupando los cuartos útiles que había y todas las caballerizas; en el primer cuarto se colocó con su esposa, en el segundo las tres niñas, y en los otros á todos los criados. Los arrieros del segundo corral no limpiaron bien el suelo al prender su lumbrada para hacer su cena ó descuidaron de apagarla al acostarse, pues cundiendo la lumbre por la majada suelta que estaba con mucho tlazole seco y tenía como media vara ó más de espesor, al menor vientecillo tomó incremento y en un instante se incendió el corral. Los arrieros azorados al ver su carga reviniéndose y los burros reprechados en un rincón, sólo se ocuparon en salvarse, abrieron en la barda que era de adobe un gran portillo, echaron fuera sus animales y tercios, cargaron como pudieron lo más pronto posible, y se alejaron á toda prisa, pues el fuego comunicándose á una barcina de zacate de ésta siguió con los jacales del mesón que como de tejamanil muy pronto formó todo una sola luminaria.

El primero de los del primer patio que sintió la quemazón fué el licenciado, que empezaron varias chispas á caerle en la cara, se levantó presuroso, levantó á los criados y cada cual procuró poner en salvo lo que le correspondía, los cocheros sus carruajes y mulas, los demás criados sus caballos, el licenciado á su esposa y cuanto pudieron sacar de su cuarto, poniéndolo todo en la plaza lo más retirado posible, ocurrió al cuarto de las niñas y se encontró con la puerta atrancada por dentro, en fuerza de varios empujes desesperados logró entreabriria y una nube de humo lo hizo retroceder espantado, siguió forcejeando hasta que logró retirar la tranca y abrir completamente; en cuanto se medio aclaró, fué mirando á sus tres hijas atravesadas en un colchón tirado en el suelo todas encarbonadas, cargó como pudo con la primera que estaba más á la mano, con Au-

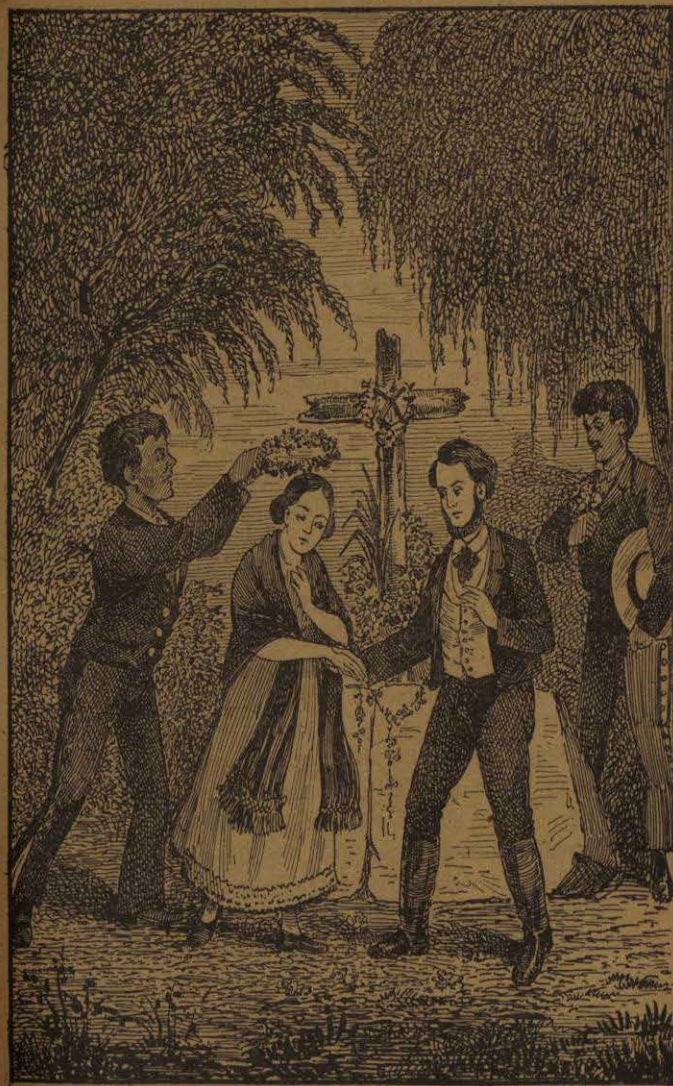
relia y salió con ella para la plaza, se la dejó á la madre que al verla sin sentidos comenzó á llorar y providenciar remedios, él seguido de varios criados regresó á librar á las otras, pero antes de llegar al zaguán se oyó un fuerte tronido, la madre del jalcón de la cubierta se tronchó, y el techo descendió obstruyendo la única entrada activándose las llamas con la remoción de combustibles, haciendo correr para la plaza á todos los que iban á entrar.

Lorenzo oyó entre sueños los toques de la campana y algo de alarma en los vecinos. — Chango, Simón, gritó sobresaltado, á ver qué hay por ahí, levántense. Salió precipitado el Chango y al ver correr alguna gente le dijo á su amo: — Señor, hay novedad. Se vistió presuroso y ordenó: Alisten los caballos y espérenme aquí. Salió corriendo y oyó que gritaba la gente espantada: — ¡Quemazón, quemazón en el mesón grande! Prosiguió su camino y al estar en media plaza vió al licenciado en calzoncillos blancos tapado con una sábana, que corriendo de un lado á otro como un loco gritaba: — ¡Mis hijas! ¡mis hijas! á cuantos llegaban les hacía multitud de ofrecimientos porque las salvaran. — ¿Qué hijas? le preguntó Lorenzo lleno de inquietud. — Amparo y Lola que se han quedado asfixiadas en el segundo cuarto. — ¡Amparo! repitió en su mente Lorenzo, entre las llamas, ó la salvo ó perezo con ella, ¡socórreme, Dios eterno, socórreme! y poniéndose el pañito amarrado en la cara, se sumió el sombrero hasta las cejas, se atravesó la manga tomando las puntas con ambas manos y echando mangazos á derecha é izquierda se precipitó á las llamas habiendo echado poco más ó menos su cálculo de penetrar por el lado que le pareció más practicable. Todo fué obra de un momento y acabando de tronchar morillos y destrozando latas, avivando el fuego al pasar, en cuatro ó cinco brinco penetró frenético hasta el patio, se apagó á mangazos las piernas, dirigiéndose para un lado. — Uno, dos, este ha de ser el segundo cuarto, y entró presuroso, desde luego sacó á Amparo y la puso en el otro extremo del patio adonde no la ofendía el fuego, volvió por la chiquilla, y al estar en el patio se dijo: — ¿Y qué hago con ésta? yo no quiero más que una, ya está en salvo y... se la llevaré á su padre. La aseguró bien con el brazo izquierdo cubriéndole la cabeza con

la punta de la manga mientras con la derecha volviendo á abrirse camino entre las llamas por el sitio que le era conocido salió corriendo para la plaza pareciendo un demonio de tantas chispas como se le pegaron, una porción acudieron á apagaré-las, y poniendo á Lola en manos del licenciado que corrió á su encuentro le dijo: — Aquí está una, y retrocedió violentamente á meterse entre las llamas. — La otra, la otra, gritaba el afligido padre. — La otra, se decía á sí mismo Lorenzo, me pertenece, échale la bendición, más vale que la flores muerta que descarrada, y entró por segunda vez al fuego. — ¿Por dónde saldré? sin que los de la plaza lo adviertan, y empezó á buscar por todos lados, se asomó al segundo corral y apareció á su vista el portillo abierto por los arrieros al otro extremo de una laguna de fuego. — ¡Gracias, Dios mío, yo te bendigo, no me abandones! Envolvió á Amparo con su chamuscada manga, se acomodó bien su preciosa carga, y atascándose en la lumbre hasta las rodillas atravesó precipitado todo el corral resistiendo las quemaduras de sus pies, pues desde los primeros brinco empezaron á tostársele las botas que aunque de venado poco resistieron al fuego, y casi descalzo emprendió su retirada saliendo con mil afanes, siguió de frente, rompió con las piernas una cerca de espinos, y penetró en una milpa un gran trecho, descansó su tercio y empezó á echarse tierra en las piernas bajándose pedazos de pantalones y pellejos de las ampollas que al instante se le levantaron, punzándole los piquetes recientes y ardiéndole sus quemaduras, casi á gatas llegó hasta cerca de la casuchita en que lo esperaban sus criados, silbó, apareció Simón y le dijo: — Mi caballo, y en marcha. Montó con mil apuros, regresó á la milpa, le acomodaron en la silla á su encarbonada, y como toda la gente estaba por la plaza mirando el incendio, marchó sin que nadie le hubiera visto, metiéndose por sembrados hasta salir del pueblo, y se remontó en el cerro de las Torcazas. A poco de que entró segunda vez á las llamas, se hundió la cubierta de las piezas del frente, y todos muy asustados gritaban: — ¡Ya los tapó! ¡ya perecieron! ¡Jesús les valga! y otras mil exclamaciones, confirmando sus sospechas en que á pesar de estar todas las miradas fijas en el zaguán, con general zozobra, nadie volvió á aparecer por allí, ni nadie se atrevía á imitar el arrojo del hom-

bre extraño que nadie conocía, ni tampoco pudieron averiguar quién era, por lo que compadeciendo á las víctimas miraban con mucha tristeza ir acabándose el fuego, que hasta dos ó tres horas después pudieron á fuerza de tierra y agua ir apagando. El licenciado fué alojado en el curato donde llorando la pérdida de una hija, hacía el mayor empeño por medicinar á las otras dos. Lorenzo encumbrado en el sitio que le pareció mejor, esperó montado hasta que amaneciera, como buenos rancheros improvisaron sus criados una barraca con ramas, juntaron hoja seca, pasto de grama, con las armas de pelo, quedó hecha una blanda cama en donde se colocó á la niña, y Lorenzo se sentó recostado contra una peña con las piernas tendidas. — Persoga mi caballo por ahí, Simón, y baja al pueblo, ledijo, con eso me traes una razón de lo que resulte del incendio, y tú, Chango, anda á ver qué me consigues para curar á tu amita, curarme yo y todo lo que ves que aquí nos falta. — Para su merced tengo remedio, pero para la niñita ignoro lo que será bueno. — Tráete vinagre, aguardiente, pero primero que todo agua, en fin, infórmate de lo que será bueno para el encarbonamiento sin dar en qué maliciar. — Pierda su merced cuidado. Sacó dinero de la maleta y ambos cachorros se ausentaron.

— ¡Qué desgracia la mía! se quedó diciendo Lorenzo haciendo aire con su chamuscado sombrero, tanto para que le sirviera á su enferma como para mitigar sus ardores. ¿No es una fatalidad, Señor, que á las mujeres que he querido, haya tenido la necesidad de llevármelas á cuestas, averiadas y con riesgo? una atascándome en el lodo, y otra en la lumbre, aquélla con sus ayes y quejidos, y ésta con su profundo silencio, ambas destronzándome el alma; vaya una contradicción á la vez que muchas coincidencias, las dos casi en pelo he tenido que ocultarlas en los cerros, con aquélla sentía los dolores de mi batacazo, con ésta los ardores de mis quemaduras; aquélla era mi Refugio, ésta mi Amparo, y quién sabe si después de todo me quedo sin ésta como me quedé sin aquélla; parece una muerta, su respiración es dilatada, su pulsó está sumamente débil, y si no fuera por el brillo de sus hermosos ojos, y la flexibilidad de sus miembros, juraría que había dejado de existir. Vuelve en ti, adorada criatura; ¡Virgen del buen Suceso, socórremela! ¡Dios



Esta es mi mano, Amparo mía.

mío, Dios mío, no nos desampares! y acomodando la cabeza de su amada contra su pecho, extasiado contemplaba su lívido semblante, le hacía aire, le mudaba posición y no hallaba cómo aliviarla sin acordarse de sus piernas que casi sólo formaban una ámpula, y en cada piquete una sangría.

— Conque ésta me salga tan tierna y apacible como Clarita la de Pepe, tan hacendosa y mujerota como Camila la de Tacho, tan honrada y curiosa como Mariquita la de Alejo, tan sencilla y candorosa como Lupe la de Juan, seré el hombre más feliz. ¿Y si por desgracia tiene algo de la Elisa de Chepe, qué hago con ella? ¡ah! no, ni pensarlo; mira, viejito querido, mira este rostro encantador, estas pulidas facciones, este delicado cutis, en fin ven á conocer cuál es la verdadera sangre azul, un noble corazón, una niña de buena cuna y familia decente, su abnegación no tiene igual, y hasta increíble parece que este pedazo de mujer posea una alma tan grande. Descansen en paz, hermanos queridos, porque esta Amparo aunque parece una pispirria de amparo, será mi amparo y amparo de todas sus viudas y huérfanos.

Apareció el Chango cargado de muchas cosas, y mientras que Lorenzo hacía oler vinagre á la enferma, le daba frotaciones en los pulsos y cerebro, le ponía lienzos en la frente y se empeñaba en darle aire y provocar su débil respiración, el Chango desgarrando su camisa le untaba manteca muy batida en nejalote en las piernas á su amo, después de reventar las ampollas y fomentar las llagas con el líquido, se las cubrió perfectamente. A corta distancia improvisó su cocina, prendió lumbre, en las ramas de un árbol formó su despensa, y en menos de media hora estaba listo el almuerzo al estilo de arriero, tortillas, cecina asada, un poco de arroz, un jarro de atole y cemitas, panocha, bizcochos, queso y porción de bagatelas con que podían completar y por el pronto no quedarse con hambre.

A fuerza de instancias le hizo tomar á Lorenzo alguna cosa, y tanto estuvieron haciendo con Amparo que consiguieron que como á las once del día comenzara algún tanto á recuperarse, redoblaron sus esfuerzos, y después de un largo rato abrió los ojos, los veía muy azorada extrañando todo, enderezó la cabeza como para quererle parar, pero volviendo á abandonarse

exclamó con voz muy débil: — ¡Jesús me ayude! — ¿Qué tienes, ángel mío, qué te duele, mi vida? — La cabeza, la cabeza no la aguanto, y volvió á acostarse, siguieron con sus frotaciones, defensivos de vinagre y darle aire; hasta que enderezándose preguntó: — ¿Adónde estoy? — En mis brazos, Amparito. — Es verdad, le contestó después de fijarle la vista, y poco á poco le fueron respondiendo á sus multiplicadas preguntas, le hicieron pasar algunos tragos de atole, y consiguieron que á las dos de la tarde estuviera restablecida, quejándose de un corto dolor de cabeza y de tener indispuerto el estómago, pero á fuerza de que le diera el aire libre, hacerla andar y comer, se alivió completamente.

De repente se empezó á oír un doble que con tiples muy agudos sin cesar tocaban en el pueblo y molestaban con su fúnebre sonido. — ¿Por quién doblarán esas campanas que con su triste tañir me parten el alma? dijo Amparo afligiéndose. — Por sus mercedes, niña, respondió Simón que en ese instante volvió de su mandado. — Pues ¿cómo ha estado eso, cuántanos? le mandó su amo. — Toda la mañana hemos estado escombrando y acabando de apagar tizonas, hasta que después de las doce nos hallamos en la segunda pieza en un rincón dos cadáveres achichinados muy juntitos, un hombre y una mujer, éstos dijeron los señores que eran su merced y la niña, que seguramente cuando iba á sacarla cargada, se cayó el techo, se cerró la puerta, ya no tuvieron salida y allí ardieron como brea; los han puesto en la capilla en un mismo cajón, con su tumba y unas velas muy grandotas, y empezaron á doblar en la torre; esto es cuanto yo ví y oí decir á los señores. — ¿Y no viste á mi papá? — No lo conozco, niña, y como había tantos mandones. — ¿Pero y mi mamá, mis hermanas? — De eso también oí decir, que todos estaban en el curato, y que ya mero se aliviaban, lo mismo de que se perdieron muchas cosas de la plaza con los acomedidos. — ¿Quiénes serían esos pobres que han pagado el pato? dijo Lorenzo, porque tenemos que agradecerles que nos hayan representado cubriendo el lugar, para que no haya duda de nuestro desgraciado fin. — ¡Ah! ya recuerdo, contestó Amparo, cuando me retiré á acostar, después de dejar arreglado todo para la marcha del día siguiente,

me dieron mucha lástima dos infelices de los que pagan tlaco por quedarse á dormir en los mesones, que estaban en el corredor acostados tiritando de frío, cubiertos con una mala cobija y les dije: — Vénganse! tatitas, les daré un rineoncito en mi cuarto y les prestaré con que se tapen. El hombre recogió un huacal, y la mujer un petatito, los acomodé en un rincón dándoles las mantas y fundas de Alfofreses para que se acostaran, por no despertar á mis hermanas me medio desnudé, me envolví en un cobertor, y me tiré en el colchón que tendimos en el suelo; muy caro han pagado esos infelices mi favor, Dios haya tenido piedad de sus almas. — En todo lo que ha sucedido, replicó Lorenzo, veo una mano oculta que nos favorece, sigamos confiando en Dios nuestro destino y adelante.

Sin embargo de estar tratando de distraer á su amada, el doble de las campanitas seguía atormentándola, y pensando en la aflicción que sus padres tendrían, empezó á llorar. Se separó Lorenzo y le dijo al Cambio: — ¿Adónde mudaremos nuestro campamento para que esas campanas no aflijan á tu amita? mírala llorar como una Magdalena. — Eso es lo más fácil, señor amo, no más trastumbamos este cerro y luego luego está la cañada, no distamos ni doscientas varas, allí tapa el cerro, está el arroyo, y hay muchas flores. — Pues muden luego luego sus cachivaches, y allí descansaremos un rato para seguir nuestro camino en cuanto salga la luna á media noche, y por lo que pueda suceder, pon un altar.

Habilitada Amparo de unos zapatones de gamuza muy grandotes, en enaguas blancas muy chamuscadas, y un rebocito de á siete reales que fué lo único que para ella pudieron encontrar en las tiendas, le servía de apoyo á Lorenzo que con un bordón en la otra mano, los pies entrapajados hasta las rodillas y su sombrero quemado, con mil trabajos iba encumbrando retirándose para su nuevo alojamiento. A medio camino Amparo volteaba continuamente la cara para el pueblo y prorrumpía en armago llanto, hicieron alto al pie de una encina y le dijo Lorenzo: — Mira, querida, allí están tus padres anegados en lágrimas lamentando tu muerte, con una sola palabra, una leve indicación mitigas su pesar y les vuelves el gusto y la alegría; nada hay entre nosotros, te relevo de tus juramentos,

te devuelvo tu palabra, te dejo en absoluta libertad para que sigas el camino que quieras; jamás desmerecerás de mi amor porque les des la preferencia, recuerda que les debes el ser. — Sí, es verdad, pero á ti también te debo la vida, tú acabas de ser mi salvador. — Eso carece de mérito porque lo hice por mi propia conveniencia, en fin, no te obligo, nada te exijo, yo mismo te llevaré á entregar, y tal vez al verte en salvo accederá tu... — No lo creas, no me atrevo. — Pues entonces sigue los impulsos de tu corazón; allí está tu padre, y de este lado yo, coge el sendero que te indique tu destino.

Se retiró á una buena distancia sentándose á descansar sobre una peña y la dejó allí solita en la aflicción más grande y el compromiso más fuerte, volteaba para el pueblo, y los dobles de las campanas le hacían muy sensible la pesadumbre de los autores de sus días, miraba á Lorenzo todo quemado, sabía sus tormentos, lo amaba con delirio, le debía la salvación de su vida, y sin embargo no hallaba camino que tomar, balbució algunas oraciones, se hincó, pidió á Dios socorro, y resueltamente se enredó el rebocito en la cara, dió cuatro ó seis vueltas como reguilete, se paró algún tanto desvanecida, estuvo un instante llena de inquietud, y destapándose la cara lo primero que se presentó á su vista al abrir los ojos, fué Lorenzo con semblante triste asegurando los trapos que le cubrían sus quemaduras, entonces volteó para el pueblo derramando un torrente de lágrimas diciendo: ¡Adiós para siempre, padres míos! ¡adiós, queridas hermanas! no he podido hacer más por vds. quédense á su suerte, no soy una ingrata, reciban estas lágrimas como mi última despedida, voy á seguir el rumbo que me indica mi destino; me voy con mi esposo á donde nos conduce la mano oculta que nos guía; ¡adiós, papacito mío! ¡adiós, mamá querida y hermanitas de mi alma! Lloró hasta desahogar su pena, se limpió los ojos, y con paso firme llegó á reunirse y le dijo: — Soy tuya, Lorenzo, marchemos, tú serás mi padre, mi madre, cuanto hay de más apreciable para mí. — Y tú mi amparo, mi vida, mi único bien en este mundo. Se abrazaron, y prosiguieron su marcha cambiando absolutamente de faz y pensamientos, al descender para la cañada, pues era aquel sitio delicioso, brillando el arroyo que serpen-

teando parecía de plata al darle el sol, entre multitud de arbustos y una amena vegetación, que á sus orillas producía infinidad de flores silvestres muy hermosas y abundaban las aves que hacían aquello más encantador con sus variados trinos, á la vez que doradas mariposas vagaban por todos lados.

Entretenidos en alabar cuanto á su vista se iba presentando, llegaron al sitio en que el Chango y Simón habían hecho pie, los caballos estaban en un lado persogados, las sillas en una mala barraca servían de muebles, el primero arreglaba su cocina, y el segundo acababa de adornar á su modo el altar que su amo encargó reducido á que en una peña grande colocaron una cruz improvisada con dos palos, atrancada con piedras por peana, ésta y la meseta llenas de flores, mastranzo, y otras hierbas olorosas, marcando con otras una especie de alfombra sobre la verde grama.

Así que descansaron un poco se paró Lorenzo, y arrimándose al altar seguido de sus cachorros que al disimulo ocultaban algo, mirándose con muestra de algún plan formado por ellos, le dijo á su amada: — Amparito, ¿estás convencida de que te amo de buena fe, y de la pureza de mis intenciones? — Sí, Lorenzo. — ¿Conoces los graves motivos que hay para no poderte presentar en la iglesia y que un sacerdote bendiga nuestra unión? — Sí. — Pues sin perjuicio de renovar nuestros votos ante los altares, cuando nuestra existencia no peligre, ni el honor de tu familia sufra menoscabo, ¿quieres que ante Dios que nos escucha, que ve lo que pasa en el fondo de nuestros corazones, que juremos mutuamente amarnos hasta la muerte? — Sí. — Pues figúratelo pendiente de esa cruz que es el simbolo de nuestra redención, y ante su divina Majestad me postro y juro por su santo nombre, ser te esposo fiel, amante, y recibirte por mi consorte. — Yo también juro ser te buena esposa, y reconocerte como el hombre que el cielo me destina. — *Esta es mi mano, Amparo de mi vida. — Y esta la mía, Lorenzo amado.* — ¡Bendícenos, Dios eterno, desde tu celeste mansión! Y se dieron las manos á tiempo que el Chango le puso á su ama una corona de blancas campánulas, y Simón le presentaba un toscó ramillete con mucho respeto. — Vds. son testigos de nuestros juramentos, prosiguió diciendo Lorenzo

á sus criados, reconozcan á mi esposa, ella será nuestro amparo. — Nuestro ángel, contestó el Chango, y permítanos, niñita, que besemos sus pies. — Sí, será nuestra... nuestra madre, prosiguió diciendo Simón, ya no estaremos solitos, un piecicito para este Chango y otro para mí, y ambos se postraron. — Vengan á mis brazos, hijos míos, yo también los amo porque son amados de mi marido amado. No cabían de gozo al recibir tanta dicha, y no hallando con qué demostrar su regocijo exclamó el Chango: — Si sus mercedes han jurado amarse como marido y mujer, ven acá, Simón, también juremos servirlos hasta la muerte. Y de la misma manera que vieron á sus amos tocar la cruz y postrarse al hacer sus votos, lo hicieron ellos diciendo Simón muy entusiasmado: — Lo juro y lo retejuro mas que me lleven toditos los de á caballo.

Hicieron sus bodas á la orilla del agua cristalina, percibiendo el aroma de las flores, sintiendo un fresco cierzo que al declinar el sol amenizaba la entrada de la noche, celebrados por el silbido de los pájaros que ocurrían presurosos á sus nidos, comiendo en una propia cazuelita arroz que sabía á traste nuevo, tasajo asado, longaniza frita, huevos revueltos, tortillas recalentadas, y con unos buenos tragos de vino, cemitas y queso completaron con muchísimo gusto y tranquilidad su opíparo banquete.

Mientras que Amparo curaba á su esposo, el Chango fregó sus trastes y acomodó su recaudo y demás cosas para no dejar nada olvidado al instante de partir, Simón dió agua á sus caballos y los puso en sitio más ameno tirándose en el suelo junto de ellos para cuidarlos con su machete entre las piernas, recogiéndose todos á dormir. En cuanto cerró la noche, como á las cuatro ó cinco horas entró Simón de la barraca que custodiaba, el Chango recostado contra una peña con su carabina lista. — Señor amo, dijo, ya salió la luna, ¿ensillo? — Sí, le contestó su amo, la silla del Chango pónsela á mi Tortuguillo, y con la mía adereza al pie de Plata para que tu compañero que tiene sus dos brazos completos lleve á la niña. Y antes de media hora, Simón por delante lleno de trastes y tompeates, el Chango con su ama en la silla muy abrigadita y Lorenzo por detrás abriéndose las piernas con las armas de pelo para evitar un an-

tellevón con los matorrales, muy paso á paso emprendieron su silenciosa marcha alumbrados por una hermosísima luna, hasta llegar poco antes de amanecer al cerro de Irimbo, descansaron entre un espeso encinal que domina el huizachal de Jaripeo el grande, allí pasaron lo mejor posible el día y continuaron en la noche hasta que llegaron al cerro de la Culebra en donde apeándose dijo Simón á su ama conduciéndola para adentro: — Tome su merced posesión de su palacio como nuestra reina y señora. — ¡Viva nuestra Reina! gritó Lorenzo. — ¡Viva! repitieron los criados, á tiempo que la guardia también la saludaba con una descarga de ladridos y retreta de fiestas que era el modo de demostrar su regocijo de los cuatro hermosos mastines que servían de conserjes. Cuando Amparo se instaló, digámoslo así en una de sus moradas, sus padres á diez y ocho ó veinte léguas emprendieron su camino para Morelia poniendo más tierra de por medio llenos de dolor y lamentando la temprana muerte de su hija, que suponían dejar enterrada en unión de su libertador, en un sepulcro nuevo que en el acto se construyó en Coroneo después de haberles hecho unas clásicas exequias.

En cuanto Lorenzo pudo montar á caballo siguió con Amparo más adentro del valle, transportándola á la cañada del Capirio donde el Chango la declaró la Diosa de aquella solitaria estancia, y luego fué conducida al rincón de Cooperillo donde al tomar posesión la proclamó su marido la Deidad de tan amena como fértil mansión, y he aquí por qué era de aquellos hombres su Reina, Diosa y Deidad.

Desde luego eligió para su traje, el que para estar oculta en aquellas montañas le pareció más llevadero y propio para evitarse los piquetes de los moscos y otros insectos, como soportable para el calor; usaba unas bolitas de gamuza color de tierra, sus pantalones de crea ó bramante de mameluco con sus jaretas recogidas en la garganta del pie, una especie de bata con manga ancha, ajustados los puños que cerraba en el pescuezo y le llegaba á las rodillas, de género ligero ceñido con un cinturoncito de seda con su hebilla, su delantal con sus bolsas, peinada sencillamente de dos trenzas sueltas ó recogidas con horquillas, un cordón negro lazado en su cuello del que pendía un reloj que guardaba en el seno, y remataba su traje un

sombrero de bejuco de ancha falda adornado con listones negros; en un instante aprendió á montar á caballo como hombre, subía y bajaba por aquellos sitios, brincando serteñas y haciendo mil travesuras en el pie de Plata que se le destiinó, lo mismo que á manejar las armas de fuego, que luego que les perdió el miedo le servían de diversión favorita. Le compró Lorenzo una escopeta ligera de dos tiros, con su bayoneta de muelle y todos sus avíos bien provistos de pólvora y municiones, incluso un cuchillo de monte; su gusto era internarse en lo más boscoso acompañada de cuatro ó cinco perros que no la abandonaban, matar alguna pieza mayor para que cuando su marido viniera á comer, presentársela cazada y guisada de su mano. Los cachorros desde que hizo su residencia en Cooporillo se los dividieron, el Chango se quedó con ella, y Simón acompañaba á su amo; emprendía largas excursiones, y no pocas veces se extravió entre tanto breñal, pero los perros la sacaban de los laberintos en que se metía, cuanta flor extraña, planta bonita ó aromática encontraba las transplantaba en su jardín, lo mismo que cuantos nidos de pájaros podía recoger, criaba á los polluelos y los enseñaba á silbar, de modo que reunió en menos de cuatro meses cuanto pudo para embellecer el Edén de la Deidad, aunque al principio tuvo algunas calenturas muy pronto se apaninó, el nuevo género de vida que aceptó tan contrario al que antes había tenido la hacía sudar, fatigarse, comer con apetencia, dormir bien, y aunque tostada la cara y manos por el sol, se puso muy robusta, sus miembros se desarrollaron, y todo el día estaba ocupada en las atenciones de la casa, cuidar sus animales, cultivar sus flores, enseñar á sus pájaros, salía á pie ó á caballo con su escopeta, demás avíos y sus mastines, á expedicionar monte arriba de donde siempre traía, ó más que comer ó más bellezas para su huerto. Todo estuvo bien mientras pudo marotear, pero se sintió embarazada y comenzaron ocupaciones de otra clase y algunos tétricos pensamientos que le hicieron verter no pocas lágrimas en secreto, cuidándose mucho de que su esposo no las notara.

Este nunca olvidó su costumbre de ir á visitar el sepulcro de su padre adonde se empeñó Amparo á acompañarlo algunas veces, y ambos después de orar por su alma, le contaban su

dicha y el bienestar que gozaban. Siguió creciendo su embarazo, llegó su término, y sin más asistentes que su esposo y el Chango salió felizmente de su cuidado, dando á luz á un niño muy grande y muy robusto, y si para atenderla no les pareció bien ocupar á ninguna persona por no dar á saber á nadie su existencia en aquel cerro, menos podían presentar la criatura para bautizarla á la parroquia, aplazando la ceremonia para más tarde mientras se proporcionaba modo de bajar al pueblo y efectuarlo. Siguió todo perfectamente, se levantó Amparo de la cama, se bañó, comenzó á sus antiguas tareas y nueva ocupación con su chiquillo; el Chango lavaba sus pañales, planchaba su ropita y desempeñaba de pilmama, pero de repente se enfermó el niño y ninguno sabía cómo curarlo; antes que otra cosa sucediera cargó Lorenzo con su hijo, lo siguió Amparo, Simón y el Chango llegaron al arroyo de los Leones que estaba inmediato y les dijo: — Bautizenme á este niño, Simón, tómalo con tu brazo, y tú, Chango, échale el agua. — ¿Cómo se ha de llamar, señor amo? — Juan Bautista, como su abuelo, y porque en algo parodie al precursor del Mesías. Hincó Simón la rodilla izquierda junto del agua, y en la derecha que tenía levantada descansó Lorenzo al niño sobre su muslo, lo abarcó Simón del pechito, el Chango le descubrió la cabecita y con toda solemnidad, tomando con las dos manos de aquella agua cristalina le comenzó á echar con cuidado diciendo: — Juan Bautista, yo te bautizo en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo. — Amen, respondió Simón. Le enjugaron el pelito, y devolviéndoselo á su amo dijeron: — Está su merced servido. — Gracias, queridos compadres, Dios les pague su caridad. — Ahora mas que se muera ya estoy tranquila, dijo Amparo; vámonos no le vaya á perjudicar el aire, compadre Chango, arrópalo con tu manga. — Con mil amores, venga, mi hijo, sí, mi hijo. — Nuestro, replicó Simón. — De los cuatro, agregó Lorenzo, para que no haya disputas, y dándole el brazo á su esposa se volvieron á la casa en donde con varios medicamentos improvisados se alivió Juanito que ya no los volvió á poner en cuidado y se crió muy sano y rollizo.

El Chango lo destetó, y tanto él como Simón se empeñaban

en educarlo. — Yo la verdad quiero, decía este último, que salga un buen charro de á caballo; préstalo, le daré una vueltecita para que se vaya ingeniando, y se lo llevaba á andar hasta que se dormía ó fastidiaba. — Y yo deseo que salga muy hombre, échale un corte á ese bicho, Changuito, y el niño meneaba su bracito como si tirara un machetazo, dale un puntazo, y también hacía el movimiento, ó si le daban algo con que ofender lo hacía de veras. Póntele feo, y abría los ojitos y apretaba la boca con coraje. — Dale á tu tata, le mandaba Simón, una desmechada, y también lo hacía; entreteniéndose así con su ahijado, cada cual seguía su plan de educación del que Lorenzo hacía poco caso sólo exigiendo que no le dieran frutas ni golosinas y que lo dejaran andar al aire libre y travesear á sus anchuras, con lo que se iba desarrollando velozmente.

Ya iba á cumplir tres años cuando Amparo volvió á sentirse enferma, tenía cosa de cuatro ó cinco meses de grávida; al ir el Chango por agua al arroyo, sorprendieron los perros que lo seguían á una leoparda que con su cría había bajado sedienta, huyó muy azorada, pero los perros cazaron á su chicuelo, se los quitó el Chango muy lastimado de las mordidas, y llegó muy ufano á enseñárselo á su comadre, ésta empezó con mucho esmero á curarlo, darle leche, empeñada en criarlo, se le puso su collarcito con su cadena, y en un sitio á propósito se colocó: de día estaba el leopardito muy quieto, pero por las noches aullaba y daba mucha guerra, los tatas primero olfateando y después á sus gritos se arrimaban hasta la cerca, los perros se alarmaban y se armaba un escándalo de los demonios, no bastaron tiros ni cuanto inventaron para ahuyentarlos, todas las noches era el mitote con los leopardos. Un día Juanito se arrimó á darle un corte costeño con una varita, y se le arrojó dándole un arañazo en una manita; salió Amparo asustada al oír gritar á su hijo, y al verle salir sangre le dijo á Simón: — Mata á esa fiera. No se lo hizo repetir pues indignado también venía lleno de rabia con esa intención, le dió un garrotazo en la cabeza, y quitándole el collar lo fué á colgar por el rumbo en que se acercaban los tatas para que viéndolo muerto ya no volvieran á estar molestando, algún efecto surtió el remedio, se retiraron, pero de vez en cuando se aparecían por allí.

Iba Amparo muy distraída empeñada en cazar un gavilán que le robaba sus pollos, y sin sentirlo llegó al arroyo de los Leones en donde estaban juntos el leopardo y su hembra, los perros siguieron á ésta que se emboscó á tiempo que Amparo dejó ir un tiro y el macho se encaramó en una ziranda parándose en una rama que se vencía con su peso, poniendo unos ojos que parecían de fuego, asomando los colmillos, esponjando el pelo y sacando las uñas. Amparo asustadísima recordó que el tiro que le quedaba sólo tenía munición delgada, y luego luego trató de echar al cañón una ó dos balas sueltas encima, las sacó de su talega y por no perder de vista á la fiera que en cada oscilada de la rama le parecía que se iba á arrojar encima, á tuestas echó las balas en el cañón descargado picándose la mano con la punta aguda de su bayoneta: de repente oyó un ruido por detrás entre los matorrales, quiso voltear presurosa, se le atoró un pie entre las peñas y cayó de espaldas dándose un fuerte sentón contra las piedras. — No hay que asustarse, valiente Amazona, dijo Lorenzo que al llegar á su casa oyó el tiro, muy cerca del camino que traía pasó la leoparda acosada por los perros y supuso lo que en aquel acto acontecía, por lo que sacando las pistolas de su baquerillo arrancó á pie cortando camino por los breñales para el arroyo. — Párate, mi vida, y la alzó de un brazo, toma esta pistola y despacha á ese animal. — Aquí tengo mi escopeta. — No, porque la cargaste mal, desde antes de llegar lo advertí, toma y apúntale con calma. — Qué calma, mira, mira, ya mero se nos echa encima. — No, mujer, no ves que la rama se le cimbra y no encuentra apoyo en las patas para emprender el brinco, antes de que lo pueda verificar aprovecha su falsa posición; no tiembles, ten serenidad. Apuntó y le pegó en el centro del pecho, se clavó de cabeza la fiera dando un rugido y cayó al suelo cerniéndose con las ansias de la muerte. — Remátala con tu bayoneta, anda, anda. Se acercó todavía llena de miedo y por su codillo le dió dos ó tres metidas toda temblorosa hasta que dejó de menearse. — ¡Bien, querida, bien! toma tu gala, y la abrazó lleno de gozo, pero ella abandonándose en sus brazos se puso lívida diciendo: — ¡Jesús, Jesús, no sé lo que me pasa, sosténme porque me muero. Por un lado cayó la escopeta, y flaqueándole las piernas se rindió,

la alzó Lorenzo en peso y se arrimó al árbol, conociendo desde luego el anuncio de un mal parto; pegó dos ó tres fuertes silbidos y al instante apareció Simón á caballo. — Presta tu manga que traes en los tientos. — ¡Qué ha sucedido! exclamó sorprendido mirando por un lado tirado al leopardo y por otro á su ama: ¿qué este maldito tal vez...? — No, sino que el susto y un golpe que se dió son la causa de un mal parto, recoge esas armas, llévate á ese animal para que el cuero sea la memoria de su triunfo, y vámonos. Envolvió á su mujer con la manga y cargó con ella todavía medio desmayada.

A poco de haber llegado á la casa fué el aborto, arrojando á la criatura medio muerta, le echó el agua Simón y después fué á enterrarla á Jungapeo, atacándole á la pobre paciente una continuada hemorragia que á todos puso en mayor cuidado. Aunque algo sirvieron algunas medicinas de D. Cleofas á quien fué á consultar Lorenzo, era indispensable la asistencia de otra mujer, y no teniendo de quien disponer después de ser el *Todo* de tantas, mandó á Simón á mata caballo con una carta para su hermana Anita que estaba hasta Tepustepec. Luego se puso en camino con Angel su esposo, Simón los guió por donde se le indicó para entrar al valle sin ser vistos, y ya hubo una persona de entera confianza que se dedicara á cuidarla con mucho esmero hasta que quedó completamente sana. Congeniaron mucho, se querían bien las dos hermanas, la presencia de Angel en el rancho no era muy precisa, porque D. Antonio con su ple de palo tenía aquello asistido, y ya se quedaron viviendo allí también ignorados, teniendo Juanito otro nuevo maestro en su tío Angel que también quería educarlo á su modo, haciéndole ir olvidando las lecciones de sus anteriores preceptores.

Amparo siempre que tenía algún pesar lo desahogaba yéndose á llorar á excusas al arroyo ú otros puntos solitarios; primero le causaba aflicción su hijo, pues cuando se enfermaba estaba contenta pensando en que se moriría, y en cuanto se aliviaba seguía en sus pensamientos tétricos. La sorprendió llorando su esposo y ella le dijo: — Lloro porque pienso en el porvenir de esta criatura, ¿cuál es la suerte que se le espera? hijo de una madre ignorada, de un padre que está rodeado de enemigos, criado entre estos bosques y... — Y es mucha hobería

tuya que solita te estés amargando la existencia, ¿no estabas resuelta á confiar en Dios y seguir obedeciendo el camino que esa mano oculta tiempo hace nos está indicando? — Sí pero... — Para la fe ciega no hay peros, no empieces á flaquear, Dios es muy grande y jamás abandona á sus criaturas, y por este lado le dió la contra hasta que logró tranquilizarla.

Después la puso con mucho cuidado un pedazo de impreso que envolviendo especies de la tienda llegó á sus manos, y era nada menos que el decreto expedido en Morelia proscribiendo á su marido y ofreciendo seis mil pesos por su cabeza, no se atrevió á darse por entendida, se lo contó á sus compadres en secreto, todos lo cuidaban mucho, Simón no se le separaba un instante, sino que desconfiaba de cuantos se le acercaban, y el Chango mandado por Amparo, continuamente sin que Lorenzo lo advirtiera andaba escoltándolo también; si por algún motivo se dilataba, Amparo bañada en lágrimas, encomendándolo á todos los santos del cielo, pasaba unas horas llenas de amargura y los cachorros también participaban de sus penas, hasta que una noche la cogió in fraganti. — Esto ya es insufrible, querida, le dijo Lorenzo, tus lágrimas son para mí muy preciosas; ¿qué te aflige, cuál es el motivo de tu llanto? — Este, le contestó presentándole el pedazo de decreto. — Sí, señor amo, dijo el Chango, ese maldito papel nos tiene llenos de pesadumbre. — Y nos está matando, agregó Simón. — ¡Vaya una niñada! replicó Lorenzo, si hubieran tenido confianza en mí me hubieran dicho lo que pasaba y yo los hubiera tranquilizado; pero en el delitto llevan la penitencia. — ¿Entonces no ignoras que ofrece el gobierno...? — Tan no lo ignoro que miren vds. media docena de decretos que hemos dedicado mis *Todos* y yo para servilletas. — Pero si aquí claramente te condenan, te declaran traidor y... — Y aquí abajo está la filiación del proscrito, lee, mujer, lee recio para que tus cachorros comprendan el negocio, nos hemos reído de tal disposición, y ya te dije cuál ha sido el resultado, que todos esos papeles han sido condenados á los comunes. Leyó Amparo, y al relatar la filiación se restregaba el Chango las manos de gusto diciendo: — Me alegro, me alegro, á mí me llama ese papel, lléveme su merced luego y que el mismo gobierno me corte la cabeza; recoja vd., señor compadre, el dinero, porque

ese es mi voluntad que sea para mi hijo, para mi precioso Changuito. Mañana, ahora mismo, vámonos para Morelia, señor, vámonos y que nuestro ángel no vuelva á llorar. Simón miraba lleno de envidia el gusto de su compañero, y preguntó con tristeza: — ¿Qué no dicen ahí que es manco, niñita? porque entonces mejor yo iré. — No, no dice eso, replicó el Chango, á mí solo me han retratado, y yo he sido dende quea- que el coronel Astucia, cuando los amos me dijeron que era yo topeate en el rancho de San Victoriano, y el gobierno me conoce muy bien. — Es verdad que fuiste topeate, pero tú haces aquí más falta, sabes tocar la trompeta, el niño te extrañará, sabes cocinear, en fin, señor amo, lléveme su merced á mí que no tengo á quien hacerle falta, y también quiero que esos miles de pesos y la huertita que ya conoce sean para el chinporrondingo de mi hijo. — No hay más remedio sino que su comadre decida, á mí me toca ese decreto por ser el coronel Astucia, al Chango por la filiación, y á Simón porque quiere reemplazarnos, que ella disponga á ver quién va á presentar su cabeza. — Ninguno, respondió Amparo, al coronel no le toca porque no es como la filiación, aunque el Chango tiene las señas no es Astucia, y de Simón no hay quien se acuerde. — ¿Luego podemos estar seguros de una traición? — Claro está. — Pues entonces que cesen esos cuidados, lágrimas y padecimientos, y se rió á carcajadas de sus apuros.

CAPÍTULO XII

La visita del señor gobernador. — El coronel Astucia. — Sustos tras de sustos. — Término de la visita. — Feliz descubrimiento.

En este estado estaban las cosas y Amparo muy restablecida de sus males, cuando tuvo el coronel Astucia noticia del nuevo gobernador que se dirigía al valle á practicar una visita, reunió á sus *Todos* y como siempre, paró en que después de mil disputas todos dejaron á que el coronel dispusiera lo que le pareciera, se informó de que venía con trescientos hombres, y al llegar á Tajimaroa, le remitió una comunicacion en estos términos: — « Seguridad Pública del Valle. Servicio Nacional. « Exmo. Sr. Ha llegado á mi noticia de que á la cabeza de una « fuerza armada viene S. E. á practicar una visita en este Valle, « con muchísimo gusto será recibido si sin carácter hostil se « nos presenta. Sólo las tropas del gobierno han sido las que « aquí han cometido mil excesos y depredaciones, y por lo « mismo como jefe de la Seguridad y único responsable de la « tranquilidad pública, suplico á S. E. se digne presentarse « solo para no provocar un lance que tal vez ocasione fatales « consecuencias. Protesto á S. E. las consideraciones de mi « adhesión y respeto. — Dios, Libertad, y Federación, etc. — « Astucia. Exm. Sr. gobernador, etc. »

— ¿Qué dice vd. de esto, señor secretario? parece que al tal coronel no le gusta mucho nuestra visita, dijo el gobernador. — Eso ya me lo esperaba yo, como se ha entronizado por esos rumbos canta gordo desde su muladarcito. — Sin embargo, yo creo que no carece de razón, si sólo las tropas del gobierno han venido por aquí á trastornar el orden, claro está que esta gente está escarmentada y muy predispuesta. — Esos son pretextos